

De riposta

Por Ahmel Echevarría



En un brevísimo cuaderno, una lección de poesía y vida. O de resistencia -a la postre encierra vida, poesía, y, por supuesto, muerte también-. Pensar, seriamente, en aquel individuo decidido a resistir. Pensar en su terquedad, en la astucia, en sus alianzas, disensos. Y, por supuesto, también en la soledad. Quien decide marchar a contracorriente por lo general anda escaso de compañía, tampoco es bien visto. Lo anterior implica que el acto de resistencia se vuelve doblemente arduo.

Balada del buen muñeco es el brevísimo cuaderno traído a colación. Oscar Cruz es el autor. Santiaguero de mala cepa. Con *Balada...* obtuvo el Premio Wolsan-Cuba Poesía 2012, fue publicado por Colección Sur en el 2013.

Oscar vio la dura y caliente luz del oriente cubano en 1979. Para más señales, este editor, junto al poeta guantanamero José Ramón Sánchez, coordina y dirige la revista *la noria* -en la cual no solo importa la literatura; dicha revista forma parte de esa postura (política) de “avanzar en reversa”,

de la (ideológica) terquedad de un creador aparentemente hastiado y/o asqueado de cuanto acontece en el campo literario regional o nacional.

¿Qué humores y olores habrá sentido y padecido este poeta para atreverse a clavar, en una grande cruz, a los protagonistas del “episodio” titulado ‘La Bella Poesía’ que de manera íntegra ahora les muestro?:

ruta de la Bella Poesía Nacional.

semejante a la noche de San Silvestre
en Manaos, donde un barco cargado
con la high society internacional,
invitada a una bacanal sin precedentes
en los confines del Amazonas, naufraga
durante la noche, arrastrando

los viajeros a la muerte
en los meandros del río.

hoy, mientras leo con fruición sobre
el suceso, he tenido la idea de reunir
en un gran barco a los miembros
más notables de la Bella Poesía Nacional,
como eco del naufragio acontecido
en Manaos, en el año 1900.

trato de fijar estas ideas.

Llegados a este punto, confieso que me gustaría brindarle una silla al poeta santiaguero. Tan pronto se acomodara, amablemente le espetaría: “Señor O, diga nombres”.

Sí, un asunto de (in)sana curiosidad. A fin de cuentas Oscar no solo fue irónico y despiadado, también exacto, eligió el calificativo “Bella Poesía

Nacional”. Tomando en cuenta tal etiqueta, en ese saco no estarían, creo yo, Kozer, Piñera, tampoco Ángel Escobar, Reina María y la Loynaz, por citar algunos nombres... O Lezama -porque el gordo de Trocadero es un motivo más que recurrente en *Balada del buen muñeco*.

Vuelvo al inicio para retomar el propósito de este texto: ¿por qué *Balada...* es una lección de poesía y vida, o de resistencia?

Hay en esta escritura la decisión de dejar en la cuneta de la poesía -de cuanto significa la poesía para Oscar- cualquier tipo de construcción que vuelva moroso el verso, inexacto, edulcoradamente bello. Es una decisión personal, una toma de partido. Porque el campo literario (cubano) no es precisamente el edén, lo cruzan senderos que se bifurcan y conducen a escenarios de enfrentamiento más o menos visibles. El asunto no queda solo en comentarios de pasillos. Lo de menos son las reacciones ante la aparición de antologías, entrega de premios, y la ideología y filosofía de determinados grupos literarios. Les hablo de un verdadero teatro de operaciones. Un escenario de guerra. Como ejemplo: Orígenes y el *team* de Lunes de Revolución.

El sujeto (poético) de *Balada...* es un hombre -igual podría ser una mujer, aunque aquí solo cabe la variante hetero en ambos casos-, cuyo contexto de vida es recio, incluso arduo. Hay, en el mismo, carencias de orden material, también se evidencian en el terreno de los afectos. La biografía de este sujeto tiene a la literatura, en especial a la poesía, no solo como objeto de placer en tanto lector, en no pocos momentos del poemario el arte de traducir la vida en versos es parte del devenir de este individuo.

¿Acaso en *Balada del buen muñeco* la versificada es la vida de Oscar?

¿Debemos entender este poemario como gesto autobiográfico? ¿Es Oscar el Buen Muñeco?

Aunque en la página 29 del cuaderno y en el mismo título del poema pide “Llámenme Oscar”, este libro no constituye un resumen de (una parte de) la vida del poeta, sino la cristalización de una mirada. Su mirada. El verdadero escritor es el que sabe observar, asociar, y que luego hace una traducción de ese ejercicio.

Digamos, sin lugar a dudas: asociar es pensar. Pensar es crear. Y crear es resistir.

El aparente Oscar Cruz visible en *Balada...* -en tanto supuesto Buen Muñeco, “véase sujeto vacío de lenguaje, que lleva / el contrapeso entre las piernas y que golpeado / con fuerza hacia cualquier dirección / siempre termina por estar derecho”-, es un sujeto libre de la retórica que imposibilita el razonamiento -cuando se reproduce un discurso con los mismos comodines y lugares comunes, no se está arribando a una conclusión por esfuerzo y riesgo propio-. Ese sujeto-escritor tiende más a la noción de poeta contenida en la pieza "Lezama/El pacto":

y no es que deseche sus notables
instrumentos. es
que ahora, y aquí, mientras alzo
las vigas de mi propia Catedral,
los querría utilizables.

Igual puedo estar equivocado. La verdadera pista está en la respuesta a la siguiente pregunta: ¿Oscar Cruz entiende la poesía, es decir: su propia poesía, como la edificación de una catedral?

De los azotes tanto en el seno familiar como al interior de una promoción de escritores; del día a día en un barrio menos barroco que marginal y las tensiones y relaciones de poder al interior del mismo, a las relaciones de poder y tensiones generadas a nivel generacional en el contexto social y

político va este cuaderno. En el mismo Oscar no solo se repite, a la manera de un mantra, la necesidad de arrancarle la máscara y el pellejo a los funcionarios y “hezcritores” -este descriptivo juego de palabras es de la autoría del santiaguero- que toman a la literatura y a los grandes poetas tal como se consigue una cabeza de playa, una colina o un castillo, también la necesidad y obligación de clavarlos en la cruz. ¿La cruz de su apellido? Lezama es el ejemplo. Para los funcionarios y “hezcritores”, Lezama es provincia, patrimonio, pasaporte, pasaje.

El poeta Oscar Cruz se toma en serio este asunto. También lo del mantra. Demasiado en serio. Lo entiendo, ¿acaso podría tomarse de otra manera? Sin embargo, aunque “provincia, patrimonio, pasaporte y pasaje” formen parte de las tensiones del campo literario -la literatura entendida como propósito y proyecto social y político de una nación-, “provincia, patrimonio, pasaporte y pasaje” no es la literatura. Digamos que sí, a Oscar se le da bien, *Balada...* tiene poemas sobre tal asunto que bien valen una misa. Pero a la literatura también le interesan sobremanera otras cosas. Oscar lo sabe. La evidencia está en este mismo cuadernillo. De ahí el diseño de su dispositivo de enunciación; aunque recio y colérico, no deja a un lado cinismo e ironía.

Ese dispositivo de enunciación no olvida la belleza del verso, una belleza que alcanza el autor deslizándose (astuto y jíbaro como una rata) por los paisajes adversos de un núcleo familiar, un barrio, una pareja, un país. Oscar se interesa por los detritos y con ellos construye no solo un verso, sino un poemario. A los detritos le arranca más de un sonido. Música de cañerías. Hay allí una cadencia que se aleja del soneto y la décima, digo yo, para arribar al tempo del arrebató, del himno de guerra.

En su propósito, toma del habla popular algunas maneras de nombrar, de describir y de enjuiciar propias, creo yo, de Santiago. Hay en la lengua de Santiago una tesitura que recuerda el desafío; entreverado en la melodía “santiaguera” del trato cordial encontrarías una suerte de canto de guerra. Esa marca, ese modo de establecer alianzas, disensos, de marcar territorios está en la poesía de Oscar. Sin embargo, el suyo no es un poema digamos santiaguero, no advierto yo el color y el olor local.

Quizá sea una percepción personal y equivocada en lo concerniente a la obra de Oscar Cruz (*Balada del buen muñeco* y *La Maestranza*, por ejemplo) y el habla en Santiago de Cuba, igual la deslizo como posible punto polémico.

En resumen: ¿es *Balada del buen muñeco* una buena lección de poesía y vida, de resistencia?

Cada cual elige su propia guerra, pero debe hacerse de la batalla un arte. El arte de pelear sin recibir demasiado. El arte incluso de pelear de riposta.

En el cardenal está el poema. Y en el pómulo hinchado, la cortadura, la cicatriz. El verdadero arte está en sonreír incluso tras el fin de la batalla, aunque solo se pueda aspirar a la derrota.